

Alberto Garzón

POR QUÉ SOY COMUNISTA

Edición actualizada con nuevo prólogo



Alberto Garzón

Por qué soy comunista

*Una reflexión sobre los nuevos retos
de la izquierda*

Edición actualizada con nuevo prólogo

 **PENÍNSULA**



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Alberto Garzón Espinosa, 2017

© de esta edición: Edicions 62, S. A., 2017, 2024

Ediciones Península,

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

edicionesperinsula@planeta.es

www.edicionesperinsula.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Edmon de Haro

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2020

Primera edición en esta presentación: marzo de 2025

Depósito legal: B. 3.634-2025

ISBN: 978-84-1100-346-9

Impresión y encuadernación: QP Print

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

Prólogo. Un comunista en el Gobierno	11
Guía de lectura	69
Introducción: El comunismo en el siglo XXI	73
 PARTE I. LA CIENCIA Y EL SOCIALISMO	 81
1. La ciencia y nuestro mundo	89
2. El socialismo científico	151
 PARTE II. LA POLÍTICA Y EL CAPITAL	 195
3. La clase social importa	203
4. Estado e instituciones	243
 PARTE III. ACTUALIDAD POLÍTICA	 303
5. La crisis en España y Europa	307
 Conclusiones	 373
Agradecimientos	379

Cuando las obras de Aristóteles fueron adoptadas en las universidades de la Europa medieval, se pensaba que eran la única fuente confiable de conocimiento junto con las sagradas escrituras cristianas. Sus obras, aunque seleccionadas, se convirtieron en un manual de saber adquirido. No servían tanto de inspiración como de lecturas a las que someter cualquier proyecto. Se suponía que todo lo que era necesario para la vida se podía encontrar directamente en los textos aristotélicos y, cuando no, en las interpretaciones que de ellos hacían otros autores formados en esa tradición. El conocimiento estaba plegado a una lectura escolástica de los textos de un autor que había vivido varios miles de años antes, en una sociedad muy distinta en todos los aspectos.

El pensamiento aristotélico sin duda era coherente. No tanto con lo que hoy llamaríamos realidad, sino con el conjunto de creencias que formaba el sentido común de época en la Antigüedad y que, al mantenerse lo fundamental de su corpus teórico, fue mutando a lo largo de los siglos posteriores. Hasta la emergencia de la conocida como revolución científica en el siglo XVII, con los trabajos de Galileo y Newton, los principios aristotélicos sobrevivieron mal que bien. Hasta que la nueva ciencia, erigida sobre el trabajo de Newton y su concepción del universo, se convirtió en el principio rector que modeló, poco a poco, el sentido común de época al tiempo que transformó radicalmente a las sociedades europeas y de todo el mundo gracias a los descubrimientos científicos.

La fe en el progreso, alimentada por estos descubrimientos, se convirtió en un patrón común de todo el pensamiento social de época. No solo los pensadores liberales asumieron la creencia en una historia que se mueve inevitablemente hacia delante, aunque con interrupciones, gracias al desarrollo científico, sino que también lo hicieron los autores socialistas. Entre ellos destacan Marx y Engels. El pensamiento socialista, que fue previo a los autores de *El manifiesto comunista*, quiso ser convertido por ellos en una ciencia que justificara el comunismo a partir de un estudio racional del sistema económico y social. Engels más tarde lo llamaría «socialismo científico».

Pero durante el siglo xx, las investigaciones de la teoría de la relatividad y de la física cuántica pusieron en entredicho muchos de los fundamentos en los que se basaba la concepción mecanicista del mundo. Estos nuevos descubrimientos cambiaron el modo de ver la ciencia, pero también sus métodos y algunas concepciones sociales que se habían inspirado en esos trabajos. Las categorías como espacio y tiempo, que se habían concebido como absolutas, ahora eran relativas. La realidad, que se creía aprehensible por medio del pensamiento racional, ahora también dependía del observador y de sus propias creencias, y en el caso de la física cuántica, dependía de los instrumentos de medida.

Y sin embargo estas novedades no arraigaron en la mayor parte de las ciencias sociales, que, durante siglos, habían hecho notables esfuerzos por fundarse a imitación de la física y sus modelos. Particularmente la economía, que a partir de Adam Smith pretendía convertirse en una ciencia similar a la física, recorrió el camino inverso al de la física moderna. Las teorías dominantes hoy en día en economía son teorías científicas, es decir, meras especulaciones que, aunque desarrolladas con matemáticas sofisticadas y con una formalidad exquisita, no se someten a ningún contraste con la realidad. Son modelos

construidos en el aire que, sin embargo, condicionan —normalmente para mal— la vida de millones de personas. Abrigada con el supuesto carácter de ciencia, la economía se presenta actualmente como una herramienta neutral en manos de supuestos expertos, casi siempre procedentes del sector financiero o de universidades privadas, que permitiría a la sociedad avanzar por la ineludible senda del progreso.

El lugar que ocupan el comunismo y el marxismo en todo esto es complejo. Por un lado, Marx fue un hombre de su tiempo y asumió grandes rasgos de la concepción dominante en su época. Su obra en algunos casos está impregnada de un fuerte determinismo que, aunque matizado, responde a la visión de un orden social mecanicista. El socialismo sería inevitable porque era lo que se derivaba de los descubrimientos científicos de Marx y Engels. Pero, por otro lado, Marx era un pensador dialéctico que heredó de Hegel una visión dinámica y contradictoria de la historia. Muchos de los escritos de Marx son también lúcidas representaciones de una sociedad compleja en la que todas las variables, sean económicas, sociales o incluso psicológicas, influyen en el devenir de la historia. El socialismo, desde esta otra perspectiva, no parece ya tan inevitable porque requiere el concurso de una clase trabajadora que tiene que actuar políticamente para traerlo. Esta tensión, que subyace a toda la obra de Marx, es también la tensión entre un marxismo leído como ciencia, y por lo tanto científicista, y un marxismo leído como crítica.

Al fin y al cabo, a Marx también le sucedió como a Aristóteles. Seleccionadas con inteligencia, en algunos momentos sus obras se convirtieron en doctrina oficial. Sus trabajos se codificaron como tales desde muy temprano, y hasta un contemporáneo suyo como Kautsky escribió un catecismo comunista. La obra de Marx no es solo una herramienta para comprender el mundo, sino también para transformarlo, y

atendiendo a esa dualidad fueron muchos y muchas quienes se pusieron manos a la obra para vulgarizar la compleja obra de Marx. De esa vulgarización nacieron grandes debates escolásticos que en conjunto no aportaron demasiado a la causa comunista. Al contrario, la distorsión de Marx implicó la construcción de una caricatura que ni era ciencia ni era útil para el socialismo.

El historiador de la ciencia David Wootton recuerda que «Galileo cuenta la historia del profesor que se negaba a aceptar que los nervios estaban conectados al cerebro y no al corazón porque esto no concordaba con la afirmación explícita de Aristóteles, y que mantuvo su opinión incluso cuando se le mostraron las rutas de los nervios en un cadáver disecado».¹ Algo parecido ocurre con Marx cuando la lectura que de él se hace es meramente dogmática, es decir, cuando un evento real se interpreta según los escritos del autor alemán y no de acuerdo con la propia realidad. A veces las cosas suceden tal y como estaban escritas, pero otras veces no. En caso de conflicto, siempre ha de prevalecer la realidad y el pensamiento crítico. No olvidemos que el coste de la autocomplacencia, de mantenernos seguros entre los textos conocidos, es sencillamente renunciar a esa transformación de la realidad.

A final del siglo pasado, la caída de los países del llamado «socialismo real» y la transformación de muchos partidos comunistas en organizaciones de impronta liberal llevó al repliegue del marxismo. Marx dejó de leerse y también dejó de entenderse. Quedó en algunas fuerzas minoritarias una fuerte liturgia asociada a sus símbolos que estaba desprovista de un conocimiento sustantivo. El marxismo más vivo se recluyó en las universidades, muchas de ellas anglosajonas —países en los que apenas había movimiento obrero organizado— y, paradó-

1. David Wootton, *La invención de la ciencia*, Crítica, Barcelona, 2017.

jicamente, las teorías que prometían la mejor comprensión del capitalismo se quedaron lejos de los actores que debían servir-se de ellas. Marxismo fosilizado en las débiles organizaciones comunistas y marxismo vivo en los lugares donde no había movimiento obrero. Teoría sin práctica y práctica sin teoría, una de las mayores pesadillas de los fundadores del llamado socialismo científico.

Espero que este capítulo permita recuperar la curiosidad por Marx y, sobre todo, alimente las ganas de estudiarlo con todo el rigor que se merece. La sociedad lo necesita.

La ciencia y nuestro mundo

Probablemente parezca extraño que un libro sobre marxismo comience con un capítulo dedicado a la ciencia. Pero lo considero necesario. El objetivo no es solo recordar que los comunistas debemos tener formación científica, por razones que más tarde se expondrán, sino también poner de manifiesto cómo ha avanzado realmente la ciencia y qué conocimientos nos ha aportado y aporta hoy. El comunismo aspira a transformar la realidad, y para ello necesitamos comprenderla. No solo comprender su parte social, sino también su parte física. No es posible concebir una nueva sociedad sin atender a la tecnología actual, pero tampoco lo es sin conocer cuáles son los riesgos y preocupaciones que, a los ojos de la actividad científica, emergen en nuestro planeta.

En este capítulo haremos un breve, pero intenso y espero que también estimulante, recorrido por la historia de la ciencia. Veremos cómo verdades que estaban socialmente establecidas fueron cuestionadas y superadas gracias a la ciencia, y veremos igualmente cómo muchas de nuestras actuales creencias y opiniones también son hijas de nuestro tiempo y, a menudo, ya han sido desmentidas por el avance científico. En

consecuencia, nuestra humildad ha de ser restituida no solo a efectos de tamaño, pues somos una mota de polvo en el espacio y un instante en el tiempo, sino también a efectos de concepción política. Recordemos: *de omnibus dubitandum*.

La ciencia también nos enseña a hacernos las preguntas adecuadas, a mirar el mundo a través de unas lentes críticas y, adicionalmente, a reflexionar sobre los métodos científicos. Durante mucho tiempo se pensó que solo existía un único método para obtener el conocimiento, pero los descubrimientos científicos, y sobre todo la reflexión filosófica sobre los mismos, han puesto de relieve que eso no es así. Las viejas e inflexibles certezas acerca de cómo la humanidad avanzaría inevitablemente por la senda del progreso gracias a un método infalible que nos permitiría obtener conocimiento han dado paso a una concepción del método científico mucho más abierta, que implica variables históricas, sociales e incluso políticas en el proceso de generación de nuevo conocimiento.

Esto no significa que cualquier método sea válido, puesto que sí existen una serie de criterios mínimos que han de respetarse para mantener el rigor y aproximarnos con fiabilidad al conocimiento. Lo que se cuestiona es la vigencia de una suerte de modelo canónico que toda disciplina debería asumir. Y esto es realmente importante en lo que se refiere a la ciencia social, es decir, al estudio de los fenómenos sociales. Como es bien sabido, estos fenómenos son cualitativamente distintos a los físicos y, sin embargo, durante siglos fueron muchos los pensadores sociales, sobre todo economistas, que creyeron que el estatus científico de sus disciplinas era equiparable al de la física. En efecto, con los descubrimientos de Newton la física se convirtió en el arquetipo del resto de las disciplinas. Una realidad que llega hasta el día de hoy, cuando especialmente los economistas dicen ser expertos tecnócratas o científicos que trabajan con modelos de la misma categoría científica que

la física. Como veremos, a la economía aún no le ha llegado ni su revolución copernicana ni su física cuántica.

Todo esto servirá para dotarnos de un bagaje científico y metodológico suficiente para afrontar los capítulos posteriores con más humildad, menos dogmatismo y, sobre todo, más claridad.

CÓMO ES REALMENTE NUESTRO UNIVERSO

Actualmente la esperanza de vida en España ronda los ochenta años, lo que quiere decir que esa es la edad promedio que vivirán las personas que nazcan ahora si la tasa de mortalidad se mantiene estable (es decir, si no hay fenómenos anormales como guerras o hambrunas). En los años ochenta, cuando yo nací, ese promedio de edad era de setenta y cinco años. Las mejores condiciones de vida alcanzadas en estos treinta años han permitido reducir la tasa de mortalidad y han elevado la esperanza de vida. Algo que es motivo de celebración.¹ Ahora bien, como se trata de promedios, siempre habrá personas que vivan más años y otras que vivan menos. Pero en general somos conscientes de que nuestra vida es limitada y que difi-

1. No obstante, hay que tener en cuenta que no siempre se llega al final de la vida en las mismas condiciones. A veces una vida más larga es también una prolongación del sufrimiento. Desde 2001, la Organización Mundial de la Salud (OMS) publica el *indicador de esperanza de vida saludable* con objeto de cuantificar el número de años que una persona puede vivir con salud completa, es decir, sin sufrir enfermedades o dolencias graves. En España el promedio de años adicionales que un hombre y una mujer de 65 años pueden vivir libres de enfermedades graves es de 9,7 y 9 respectivamente, frente a la esperanza de vida de 19 y 23 respectivamente. En suma, se vive más tiempo, pero no siempre mejor, algo particularmente relevante en las discusiones sobre pensiones y edad de jubilación.

cilmente superará los cien años. Y con eso en mente organizamos nuestras vidas y tomamos decisiones. Nuestro mundo personal está construido por entero sobre este hecho: la finitud de nuestra vida individual.

Cuando los nacidos en los años ochenta llegamos al mundo, había ya muchas cosas que estaban ahí y que habían llegado antes que nosotros. La escritura es una de ellas. Surgió hace más de cinco mil años en Babilonia, de modo que desde mi visión personal —y la de muchas de las generaciones anteriores— siempre ha estado ahí. Lo mismo sucede con el capitalismo, que surgió hace unos trescientos años y que para mí también ha estado siempre ahí. Es más, desde mi punto de vista ambos fenómenos son de hecho casi naturales. Y digo casi porque en realidad sabemos, gracias a la historia y a la ciencia, que hubo un tiempo en el que los seres como yo, de la especie *Homo sapiens sapiens*, no sufrían el capitalismo ni tenían escritura. Pero, en ausencia de estos conocimientos, ambos fenómenos serían tan naturales como respirar. Y, de hecho, así tendemos a pensarlo en cuanto nos despistamos. Como ocurre con tantas otras cosas a las que nos hemos acostumbrado aunque también hayan tenido un comienzo. Tendemos a mirar la vida social desde nuestra propia óptica vital y solo en raras excepciones pensamos desde el punto de vista histórico.

Por eso, cuando nos dicen que nuestro universo tiene 13.800 millones de años, nos quedamos bastante fríos. Sabemos que es mucho, pero somos incapaces de establecer una comparación adecuada. Es una cifra demasiado grande para que nos hagamos una idea concreta de su verdadera magnitud. Al fin y al cabo, como hemos dicho, lo normal es que concibamos los fenómenos en relación con nuestra propia existencia. Como dice el cosmólogo Lawrence M. Krauss (1954), «la evolución no preparó nuestras mentes para apreciar cortas o largas escalas de tiempo o cortas o enormes distancias que no pode-

mos experimentar directamente».² Pero podemos hacer un esfuerzo comparando con el ya citado origen de la escritura hace más de cinco mil años. Si colocásemos ambos acontecimientos en un calendario de 365 días, con el origen del universo en el día 1 de enero, la escritura habría aparecido a las 23.59 horas del día 31 de diciembre. ¡Casi nada! Todo lo que conocemos como historia de la humanidad estaría circunscrito a los últimos minutos del día de Nochevieja. Y el capitalismo habría surgido tres milisegundos antes de terminar el año.³

Si nos ha parecido poco, pensemos que la ciencia ha averiguado que nuestra especie apareció en el mundo hace unos doscientos mil años. La cerámica lo hizo hace veinticinco mil años. La revolución neolítica, con la domesticación de los primeros animales, la aparición de la agricultura y el inicio del reemplazo de los utensilios de piedra por los de metal, sucedió hace entre doce y siete mil años. Como contraste con estos datos, piénsese que un libro relativamente reciente como la Biblia sitúa la creación del mundo en solo unos seis mil años de antigüedad.⁴

En efecto, el conocimiento científico actual nos ha hecho muy pequeños como especie y como individuos. Nuestros ancestros, leyesen o no la Biblia, nunca pensaron en un pasado tan extenso. Gran parte de ellos aceptaron la idea recogida en la conocida frase de Protágoras (486 a. n. e. - 411 a. n. e.), según la cual «el hombre es la medida de todas las cosas, de

2. L. M. Krauss, *La historia más grande jamás contada... hasta ahora*, Pasado & Presente, Barcelona, 2017.

3. Si al lector o lectora le ha parecido curiosa esta comparación, por otro lado clásica, sugiero el visionado del capítulo 1 del documental *Cosmos* en su nueva etapa, presentado por el astrofísico Neil deGrasse.

4. Se trata de una estimación hecha por el arzobispo James Ussher (1581-1656) a partir del estudio de las generaciones que aparecen en la Biblia.

las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son».⁵ Pero la invención del telescopio en el siglo XVII comenzó a socavar la imagen de que el universo estaba hecho para el ser humano, y a partir de 1610 la humanidad fue desplazada del centro del universo. Como afirma el historiador de la ciencia David Wootton (1952), con el telescopio y el microscopio «las estrellas se convirtieron en copos de nieve y los copos de nieve se convirtieron en estrellas».⁶ El filósofo John Locke (1632-1704) llegó a afirmar, en claro contraste con la mayor parte de la filosofía antigua y medieval, que «la Tierra no es un punto, sino una mota: nuestra pequeña mota de polvo, esta mota del universo».⁷ Y el poeta Cyrano de Bergerac (1619-1655) resumió perfectamente la nueva forma de ver la relación entre humanidad y universo cuando atacó...

... el insoportable orgullo de la humanidad, que se persuade de que la naturaleza solo ha sido hecha para ellos; como si fuera probable que el Sol, un cuerpo enorme, cuatrocientas treinta veces mayor que la Tierra, solo se hubiera encendido para madurar sus nísperos y engordar sus repollos.⁸

En suma, como afirma el astrofísico Christophe Galfard (1976), «comprobar la verdadera magnitud de nuestro mundo en el contexto espacial es, y será siempre, un ejercicio de hu-

5. Aunque la controversia sobre esta frase no está resuelta. Hay quienes interpretan la frase en su sentido antropocéntrico (considerar al ser humano como centro de todas las cosas), pero otros toman esa expresión en su sentido relativista, sobre el que volveremos más adelante. F. Coopleston, *Historia de la filosofía*, vol. 1, Ariel, Barcelona, 2011.

6. D. Wootton, *La invención de la ciencia*, Crítica, Barcelona, 2017.

7. *Ibidem*.

8. Citado en D. Wootton, *La invención de la ciencia*, Crítica, Barcelona, 2017.

mildad».⁹ Y si somos pequeños y diminutos ante el universo, también lo es el capitalismo frente al universo. Al fin y al cabo, nuestro lugar en el mundo es bastante más humilde del que pensábamos y lo que nos parece natural desde el punto de vista individual no lo es tanto desde el punto de vista histórico.

Afortunadamente, hemos ido saliendo de la ignorancia con mucho esfuerzo, gracias a la contribución de grandes científicos y científicas¹⁰ que, como veremos, desafiaron el *sentido común* de cada época. La ciencia ha ido desentrañando los muchos misterios de la naturaleza, y hoy conocemos mucho mejor el universo en el que vivimos y también, en particular, el planeta en el que nos insertamos como especie. Desgraciadamente, el mayor conocimiento del estado y la evolución de nuestro planeta no está siendo suficiente para detener su destrucción. Los desafíos ecológicos que hoy conocemos y que en otra época se ignoraban chocan de forma directa con la lógica de nuestro sistema económico.

Y es que la ciencia no solo nos ha permitido entender con mayor humildad nuestro lugar en el mundo, sino que, además, y esto a menudo suele ser olvidado, nos ha dado muestras de la enorme fragilidad de nuestra especie y de nuestro entorno. Hoy sabemos que la acción del ser humano sobre el planeta amenaza con hacer de él un lugar imposible para la vida, y esto

9. C. Galfard, *El universo en tu mano*, Blackie Books, Barcelona, 2017.

10. Desgraciadamente, no solo la estructura social de las sociedades antigua y moderna ha sido injusta con las mujeres que se han dedicado a la ciencia, sino también la propia ciencia y la historia de la ciencia. Como ejemplos, el de Hipatia de Alejandría (355-415) en la Antigüedad y el de Rosalind Franklin (1920-1958) en la era moderna. El trabajo de Franklin fue fundamental para el descubrimiento del ADN y sin embargo careció del reconocimiento adecuado. El propio James Dewey Watson (1928), quien sí sería reconocido, escribió una mención en su obra a «las luchas a las que una mujer inteligente se enfrenta para ser aceptada en un mundo científico».

se refiere a las próximas décadas. El cambio climático es solo uno de los fenómenos que revelan los riesgos de no haber comprendido, con todas sus consecuencias, el conocimiento científico. Hemos llegado a acostumbrarnos a que la literatura y las películas de ciencia ficción traten sobre temas postapocalípticos derivados del destrozo medioambiental, pero no hemos avanzado lo suficiente en la toma de decisiones para evitar que esas distopías se conviertan en realidad. Fredric Jameson (1934) dijo con acierto que hoy es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo, lo que tiene un reflejo evidente en la producción literaria y artística actual: un ejemplo notable y además muy recomendable es la película *Interstellar*. Sin embargo, hay quienes sostenemos que precisamente para evitar el fin del mundo tenemos que lograr el final del capitalismo.